

sainete. Jamás he visto nada más anti-inglés.

Por fin, Saumarez dijo que debíamos regresar, porque si no vendrían del pueblo á buscarnos, y me preguntó si tendría la bondad de ser el compañero de Magdalena. ¡Contesté que nada podía serme más grato!

Formamos, pues, seis parejas y regresamos de dos en dos.

Saumarez acompañaba á Miss Edith, á la que había cedido su caballo.

El cielo estaba despejado y cuando el sol salió, noté que todos, poco á poco, íbamos entrando en la categoría de seres vulgares.

También aprendí que la tal *Arca de Noé* era una cosa completamente distinta de todas las demás de este mundo, y pedí á Dios que no se repitiera jamás. ¡La habíamos hecho acariciados por una tempestad de polvo y por los bramidos de un viento abrasador!

Me sentía cansado, magullado y un tanto avergonzado de mí mismo, y me fuí primero al baño y luego á la cama.

He aquí la historia, según la versión de una mujer.

Escrita no se verá jamás, como Magdalena Copleigh no se encargue de ello.



EN EL ESPLENDOR DE SU JUVENTUD

¡Detenido en mitad de la carrera
cuando ya estaba el triunfo conseguido!
¡Ved cómo la ha cortado y ha perdido
el premio que anhelante persiguiera!
Mas hay que preguntar, antes de hacerle
objeto de castigo ó de censura,
quién en un trance tal pudo ponerle;
quién preparó, alevoso, la montura.
¡Quizá el destino lo arregló de modo
que al impulso violento de salida
vió su fuerza agotada, destruida
y roto el corazón, renunció á todo!

(*La carrera de la vida.*)

CUANDO referí la broma que el *Gusano* dió al subalterno, prometí un cuento algo parecido á aquél, pero en el cual, toda burla quedaría descartada: el cuento es este.

Ricardito Hatt, fué seducido en su más tierna juventud, no por la hija de una patrona, ni por una doncella, ni por una *camarera*

de café, ni por una cocinera, sino por una joven tan de su misma clase, que sólo una mujer podría haber dicho que la muchacha era algo inferior á él.

Esto le sucedió un mes antes de salir para la India, y cinco días después de haber cumplido los veintiún años.

La joven tenía diecinueve primaveras, por lo que puede afirmarse que era seis años más vieja que él en las cosas de este mundo, y en aquella ocasión dos veces más loca.

Si se exceptúa el hecho de caerse de un caballo, no hay nada más fatalmente fácil que casarse civilmente.

La operación cuesta menos de cincuenta chelines y es tan notable como una visita á la casa de empeños.

Una vez hecha la declaración de residencia, bastan cuatro minutos para poner fin á la ceremonia, incluyendo, identificaciones, derechos... todo.

Después el oficial del registro, pasa el rodete de papel secante sobre los nombres y, poniéndose la pluma entre los dientes, dice con aspereza:

—¡Ea! Ya sois marido y mujer.

Y la pareja sale á la calle pensando que algo horriblemente ilegal acaba de hacerse en alguna parte. Pero aquella ceremonia vale y puede conducirle á uno á la ruina, lo mismo que el maldito *mientras viváis* dicho al pie del altar, con las amigas de la novia cuchicheando por detrás de ella, y los ecos del himno nupcial.

La santa voz que truena en las alturas,
haciendo saltar el techo.

Por modo tan sencillo, fué Ricardito secuestrado y halló la cosa muy bella porque había recibido una credencial para la India con magnífico sueldo, según opinaban en Inglaterra.

El matrimonio debía tenerse secreto durante un año. Pasado éste, la señora Hatt marcharía á reunirse con su marido y todo el resto de la vida sería para ellos esplendoroso como una nube de oro.

Tal era el porvenir que ambos trazaban bajo las lámparas de la estación de Addison Road; y al finalizar un mes que les pareció muy corto, partieron para Gravesend, donde Ricardito se embarcó en demanda de una nueva vida, mientras ella se quedaba lloran-

do, en un cuarto de treinta chelines por semana, situado en una callejuela cerca de la plaza de Montpellier é inmediata á los cuarteles de Knightsbridge.

El país á donde Hatt se dirigía era uno en el que los hombres de veintíun años, son considerados como mozalvetes y la vida es cara. Su sueldo, que parecía tan grande desde seis mil millas de distancia, no servía para mucho, sobre todo, cuando lo dividía en dos, mandando más de la mitad al cambio de $1-6 \frac{7}{8}$ á la plaza de Montpellier.

Ciento treinta y cinco rupias desquitadas de trescientas treinta no dan facilidades para vivir, pero como era absurdo suponer que Mrs. Hatt pudiera pasarse siempre con veinte libras esterlinas que Ricardito le había dejado de lo que le dieron para gastos de viaje, y él lo comprendió así, le remitió desde luego las ciento noventa y cinco, pensando siempre en que había que pagar setecientas rupias por un pasaje de primera clase para la señora.

Si se añade á estos detalles nimios, el natural instinto de un muchacho que empieza una nueva vida en un nuevo país, que está ansioso de divertirse y se vé obligado á afe-

rrarse á un trabajo que desconoce y que en verdad, necesita toda su atención, se comprenderá que Hatt comenzara su carrera *distanciado*.

¡No dejó el pobre chico de comprenderlo, pero no adivinó todo lo hermoso de su porvenir!

Cuando los calores llegaron, el cansancio le agobió y le adelgazó.

Al principio recibía cartas de su mujer, largas, cruzadas, de ocho carillas; diciéndole que se le hacía muy largo el tiempo lejos de él, y que cuando se reuniesen la tierra sería para ellos un paraíso.

Alguno de los compañeros de pupilaje le aburría incesantemente llamando á la puerta de su destartalada habitación, para pedirle que le acompañara á ver un caballo, única cosa que le hacía falta; pero Ricardito no podía permitirse tales lujos y tuvo que confesarlo, como tuvo también que declarar que le era imposible seguir en la casa en donde estaba, á pesar de ser muy modesta, mudándose á una habitación amueblada próxima á la oficina donde trabajaba todo el día.

Su nuevo mobiliario consistía en una mesa

cubierta con tapete de hule verde, una silla, un canapé, un cromó, un espejo pequeño, fuerte y ordinario y un filtro que valía siete rupias y ocho annas.

La comida le importaba al mes treinta y siete rupias, gasto verdaderamente insoportable.

Punkah (1) no tenía porque costaba quince rupias al mes; y por eso dormía en la azotea de la oficina, con todas las cartas de su mujer debajo de la almohada.

De vez en cuando le convidaban á comer, con lo que disfrutaba del *punkah* y saboreaba bebidas heladas; pero esto sucedía muy de tarde en tarde, porque la gente no quería trato con un mozo de instintos semejantes á los de un rapavelas escocés y que vivía tan miserablemente.

Tampoco le era posible suscribirse para ninguna diversión, así que no contaba con más distracciones que las que le proporcionaba su libro de banca, en el cual, leía cuanto se ha dicho respecto á empréstitos sobre seguro y no le costaba nada.

(1) Especie de abanico ó ventilador grande hecho de lona, sujeto al techo, y que se mueve por medio de una cuerda.—(N. del T.)

Debo añadir, entre paréntesis, que las remesas de dinero las hacía por medio del Banco de Bombay, con lo cual, en el pueblo se ignoraba todo lo referente á su vida privada.

Todos los meses enviaba á su casa lo que podía ahorrar, por otra razón que esperaba explicarse muy pronto, y que reclamaba mayor suma de dinero.

En aquel tiempo Hatt, comenzó á sentirse nervioso, experimentando frecuentemente esa conmoción miedosa que asalta á los hombres casados, cuando están fuera de ciertas condiciones.

No tenía derecho á pensión. ¡Qué sería de su mujer si él muriera de pronto! Este pensamiento le atormentaba durante las noches silenciosas y abrasadoras pasadas en la azotea, y á veces los latidos de su corazón, le hacían pensar que acaso la muerte fuera producida por una enfermedad cardíaca.

Tales preocupaciones, eran impropias de un mozo, pues solamente á un hombre ya maduro le perturban; ¡pero al pobre chico, siempre asfixiado por el calor, gracias á la falta de *punkah*, casi le enloquecían!

¡Y no poder contarle á nadie sus penas!

Cierta fuerza de elasticidad es tan necesaria al hombre como á una bola de billar: con ella hacen ambas cosas asombrosas.

Ricardito necesitaba fatalmente dinero y trabajaba como una bestia; pero, ¡es claro! los jefes sabían que un muchacho puede vivir muy desahogadamente con cierto sueldo (la paga en la India es cuestión de edad no de mérito), y si aquel mozo singular quería trabajar como dos, los *negocios* ni permitían que se lo impidieran ni que le aumentaran los emolumentos en una edad verdaderamente ridícula por lo temprana.

Por eso Hatt logró sólo unos aumentos de salario, bastantes para un mozalbete, pero no para una esposa y un hijo, y mucho menos para ahorrar las setecientas rupias del pasaje que él y Mrs. Hatt habían discutido tan ligeramente en otro tiempo. ¡Sin embargo de todo esto, debía estar contento!

El dinero parecía que se iba desvaneciendo entre las letras mandadas á su casa y lo aplastante del cambio, y las cartas que recibía cambiaron volviéndose ásperas. «¿Por qué no se llevaba á la mujer y al hijo?» Seguramente tenía un sueldo hermoso y procedía

muy mal gastándosele alegremente en la India. «¿Querría, podría hacer la próxima letra un poco más elástica?»

A esto seguía una lista de lo que necesitaba el pequeñuelo, tan larga como una cuenta de persa (1).

En vista de esto Ricardito, cuyo corazón suspiraba por la mujer y el hijo, al que no conocía, sentimientos algo raros en un muchacho, giraba mayor cantidad y escribía unas cartas extrañas, ni propias de un mozuelo, ni de un hombre, diciendo que, en medio de todo, la vida no era divertida y rogando que tuvieran un poco de paciencia la madre y el niño.

La mujercita, aprobaba el aumento del envío, hacía observaciones respecto á la necesidad de esperar y usaba en las respuestas unos giros extraños y duros que él no comprendía. ¡Pobre chico!

Más tarde y precisamente cuando á propósito de otro jovenzuelo que había cometido la misma locura que él, le dijeron que el matrimonio no sólo destruiría sus esperanzas de futuros progresos, sino que le haría perder su

(1) En la india, la mayor parte de las casas de comercio son persas.—(N. del T.)

destino, llegó la horrible noticia de que el niño, su adorado pequeñín, había muerto y tras ésta venían cuarenta renglones garrapateados por una mujer irritada, diciendo que la muerte podía haberse evitado si ciertas cosas—que costaban dinero—se hubieran hecho, y si el hijo y la madre hubieran ido á reunirse con el padre.

La carta fué un golpe terrible para el pobre corazón de Hatt, pero como *oficialmente* no tenía derecho á tener hijos, no pudo hacer público su dolor.

¡Las cosas que el desdichado emprendió durante los cuatro meses que siguieron á esto, y las esperanzas que le alentaron para trabajar, nadie osaría precisarlas!

Ahorró, pero las setecientas rupias del pasaje estaban tan lejos como siempre, y eso que siguió haciendo la misma vida excepto cuando se veía forzado á comprar un nuevo filtro.

Los esfuerzos en el trabajo, las luchas para mandar dinero, la noticia de la muerte del niño, y sobre todo, las constantes exigencias que le imponía su existencia cotidiana, consumieron al pobre chico, más tal vez que hubieran consumido á un hombre.

Los compañeros de edad madura que admiraban sus economías y su costumbre de apartarse de toda diversión, le recordaban aquel proverbio que dice:

El que quiera labrar su posición
no entregue á una mujer su corazón.

Ricardo, que había experimentado todos los dolores que el hombre puede sentir, tenía que irse y darles la razón mientras en su cabeza se revolvía constantemente la última línea de su libro de banca.

¡Pero aún debía sufrir más!

Llegó una nueva carta de su mujercita: natural continuación de las anteriores, si Hatt hubiera pensado en ello.

El estrambote de aquella epístola era este: «Me voy con un hombre más generoso que tú.»

El documento no podía ser más curioso. Sin circunloquios decía lo siguiente: «Que ella no iba á estar esperando siempre; que el niño había muerto; que él era otro niño; que no volvería á verla más; que por qué no había agitado el pañuelo cuando se separaron en Gravesend; que Dios la juzgaría; que ella era mala, pero él era peor divirtiéndose en la In-

dia; que aquel otro hombre adoraba el terreno que ella pisaba; que ni él la perdonaría, ni ella le perdonaba». Y aquí daba fin la tal cartita, que no tenía indicación alguna para poder contestarla.

En vez de bendecir su estrella porque estaba libre, Ricardo sintió todas las impresiones de un marido ultrajado—cosas impropias de un niño—y volviendo la vista á lo pasado, vió á su mujer con el traje de treinta chelines en la plaza de Montpellier; recordó el alborrear de la última mañana que pasara en Inglaterra, cuando ella estaba llorando en el lecho; y dió vueltas en su cama y se mordió las manos sin pararse ni por un momento á pensar ¡el desdichado! que si hubiera vuelto á ver á Mrs. Hatt después de aquellos dos años, habría descubierto que ella y él habían crecido de un modo tan distinto que eran en realidad personas completamente incompatibles.

Teóricamente, esto era lo que debía hacer, pero aquella noche la pasó en medio de la pena más horrible.

A la mañana siguiente experimentó repugnancia hacia el trabajo, y comenzó á pensar

que había desdeñado los placeres de la juventud.

¡Se sentía cansado, había gustado todas las amarguras de la vida antes de cumplir veintitrés años, y estaba deshonrado!

Aquí pensaba el hombre.

Él también se iría... ¡con el demonio!

¡Aquí enjuiciaba el niño!

Inclinó la cabeza sobre el tapete verde de su mesa, y antes de renunciar el destino y todo lo que este prometía, lloró.

En tales circunstancias, la recompensa debida á sus servicios llegó, y se le dieron tres días para reflexionar.

El jefe de la casa—después de cruzarse algunos telegramas—dijo que aunque aquello no se hacía jamás, teniendo en cuenta la habilidad que Mr. Hatt había desplegado en tal y tal tiempo y en tal y cual ocasión, podía ofrecerle un puesto infinitamente mejor; primero como interino y luego, en un orden regular de cosas como definitivo.

—¿Y cuánto ganaré?—preguntó Hatt.

—Seiscientas cincuenta rupias—contestó el jefe marcando las palabras, y esperando que el joven al oírlas se quedaría anonadado de gratitud y alegría.

¡Ah! ¡cuándo llegaban!

¡Las setecientas rupias del pasaje; lo bastante para salvar á la mujer y al niño y permitirle hacer público su matrimonio!... ¡Todo llegaba entonces!

Ricardito lanzó una carcajada salvaje que no pudo dominar; lúgubre, turbulenta explosión de alegría, que pareció que iba á matarle.

Cuando logró dominarse, dijo secamente:

—Estoy cansado de trabajar.—Ya soy viejo; es tiempo de que me retire, y me retiro.

—Este chico está loco—murmuró el jefe. Creo que tenía razón; pero como Ricardo no volvió jamás, la duda sigue en pie.



UNIDO Á UNA INFIEL

Yo me muero por tí, y tú te mueres por otro.

(Proverbio indio.)

CUANDO el vaporcito el *Gravesend* se alejó dulcemente del trasatlántico de la Compañía Peninsular y Oriental que marchaba á Bombay y retrocedió á la ciudad, muchos lloraban en él; pero quien más ruidosamente lo hacía era Miss Agnes Laiter.

Y tenía razón, porque el único hombre que había amado y que, según afirmaba, podría amar, salía para la India; país que, como todo el mundo sabe, se divide por igual entre bosques, tigres, culebras, cólera y cipayos.

Phil Garron, recostado sobre la amura del barco, y aguantando la lluvia, era también muy desgraciado; pero no lloraba.